

2

MENÉNDEZ PELAYO I SU OBRA

ARMANDO DONOSO

MENÉNDEZ PELAYO
I SU OBRA

IMPRENTA UNIVERSITARIA

— Bandera 130—SANTIAGO—

1913

A DON EDUARDO DONOSO

*A usted, con quien viví
tan frescas horas de estu-
dio i de ensueño en Euro-
pa, séame permitido de-
dicarle este homenaje de
respetuoso cariño.*

A. D.

PRELIMINAR

A raíz de la muerte de don Marcelino Menéndez i Pelayo, leimos en la Universidad de Chile, fragmentos de este estudio que hoy aparece en forma de libro. Pero, como quiera que en algunas partes del trabajo no analizáramos con la detención que se merece la obra del crítico i del comentador de la «Historia de las Ideas Estéticas», hemos creído oportuno rehacer ciertos capítulos del estudio, ordenando sus materias con claridad; dándole a la que otrora fuera apenas si una conferencia deshilvanada, apariencias de concisión i de sobriedad metódicas.

Nos induce a publicar ahora en libro este estudio que ya diera a la publicidad uno de nuestros grandes cuotidianos, un sentimiento de sa-

tisfaccion mas americano que español, ante la hueca indiferencia con que ha sido recibida la muerte de Menéndez i Pelayo. Poco o nada se ha escrito en la Península sobre la obra vasta de tan altísimo escritor que sea digna de la cultura española: apénas si los ecos de un homenaje de ruidosa oratoria tributado en Madrid i cuyo cascabeleo se apagó casi al comenzar, anunciaron el derrumbamiento de este roble aislado i duro. En cambio, i aparte del libro del jóven crítico don Andres González Blanco,—flaco homenaje de estudio dedicado a la obra del autor de la «Historia de los Heterodojos Españoles» —en Francia, en Alemania i en la América latina se ha elevado un rumor de honda elejía, un grito vigoroso de comprension en las hermosas cuanto hondas palabras de un Marcelo Robin, de un Juan Agustin Barriga o de un Antonio Gómez Restrepo. Amparados a la sombra benéfica de tan claros nombres, hemos querido hacer de este libro nuestro una corona de oliva en homenaje del maestro insigne i del varon fuerte que nos dió el placer de vivir fecundas horas de soledad espiritual en el campo abierto de sus libros.

I

Comprendo i justifico a los que apénas si conocen de nombre la obra del mas grande de los modernos polígrafos españoles; tiene tan pocos atractivos de apariencia su lectura i demanda, en cambio, tales esfuerzos de voluntad, que esto por sí sólo les abona mucho a aquellos que la ignoran. Investigó tanto esa inteligencia prodijiosa, retuvo tales cosas su memoria extraordinaria, que sus libros no se conciben mas que preñados de fechas i datos, cual si se tratase de catálogos comentados por doctos recopiladores i por bibliófilos infatigables. Fué Menéndez i Pelayo un cerebral, un monje de la Edad Media nacido, por casual anacronismo,

en nuestro siglo. Su gabinete de trabajo hubiera estado mejor en la biblioteca de un holandista o en la de un benedictino docto. Algo hai en su vida i en sus libros que recuerda a Fra Domenico Cavalca i a Raimundo Lulio; tal vez su pasion mística por la belleza i su uncion de siervo del Señor. Grande era su amor por el estudio, grande su afan de investigacion i su curiosidad jamas saciada. A la edad en que otros comienzan a balbucear cosas del pensamiento, él conocia ya a maravilla las lenguas de Virjilio i de Anacreonte. Habia leído millares de libros sabios, tan difíciles como raros. Iniciado con Milá i Fontanals, estudiaba por cuenta suya exéjesis, literatura i estética. Los poetas latinos le eran familiares i la filosofía alemana comenzaba a incitar su curiosidad voraz de lector intelijente. A los dieciseis años se le conocia ya como pasmo de sabiduría entre propios i estraños, miéntras seguía sus cursos en la Facultad de Letras de la Universidad de Barcelona; a los veinte, habia escrito gran parte de las polémicas de la Ciencia Española; a los veintidos, obtenia por oposicion contra candidatos de renombre, la cátedra de Historia Crítica de la Literatura Española; a los veintitres,

publicaba su «Historia de los Heterodojos Españoles», asombro de estudio i de erudicion; i, por fin, como digno coronamiento de aquella su labor precoz, a los veinticinco años ingresaba como individuo de número a la Academia Española.

En adelante su vida no presenta ningun salto de prodijio ni de jenialidad deslumbradora: el investigador continúa apacible su labor honda, devorando libros, estudiando en todas las bibliotecas de Europa sin descanso ni fatiga, empeñado en acopiar el mayor material posible: rectificaciones históricas, manuscritos perdidos, cartas, libros escasos, reliquias biobiblióficás, anotaciones sacadas de los archivos mas vetustos, todo un mundo de documentos sobre el cual habia de levantar el edificio de una obra enorme, abrumadora, de paciencia i de voluntad benedictinas. De aquí, pues, que sus libros carezcan de amenidad frívola i no campee en ellos, a menudo, esa donosura helénica que distinguió a Taine, a Valera, a Renan i a Richter. La necesidad de la documentacion tiránica en un pais donde estaba todo por hacer, le absorbió sus horas i apenas si tuvo ratos de ocio para dedicarlos a los solaces de la simple

emoción estética que llegaba a su espíritu como una oleada de primavera. De podersele comparar con álguien en su método de erudito, sería menester recordar los nombres siete veces redentores de Gaston Paris i de Max Müller, aunque si bien a estos les sobra ese espíritu jeneroso de composicion i de vision artísticas que Taine exaltó hasta la maestría i que Menéndez Pelayo no tuvo tiempo de hacer suyo en su doble tarea de investigar i de reconstruir mas con fidelidad de bibliotecario que con mirada e intuiciones de filósofo; pero, en cambio, les supera a ellos en curiosidad de historiador i en el conocimiento vasto, imponderable, de la Edad Media i de las culturas griega i latina. ¿Acaso no podrian hermanarse sus capítulos de estética sobre los místicos precursores de la cultura gálica e hispánica i aquel tratado de los Romances viejos, con las páginas tranquilas i esculturales del historiador de las leyendas carolinjias? ¿No preside en ellos el mismo amor por la verdad i el mismo entusiasmo por la belleza?

Como Paris, Menéndez i Pelayo hurgó a través de los senderos mas ocultos de la investigacion histórica i de la comprobacion rigurosa-

mente científica, para llegar a desentrañar el sentido i la orientacion de la filosofía i de la literatura de una época o de una corriente del pensamiento. En la busca porfiada de la verdad su espíritu desafió al tiempo, ese gran devorador de rastros i de nombres, porque acaso pensaba con el poeta heleno que, tarde o temprano, este le habia de coronar de rosas. ¿No es portentosa una vida tan fecunda i tan apacible que, como un arroyo al descender de la montaña, se va internando en el pasado de la historia i del espíritu humano, siempre mas adentro, siempre mas léjos, hasta perderse en un horizonte sin fin, a donde no llega mas que el vuelo del pensamiento de los sabios? De tal modo esta existencia fecunda es el símbolo de la inteligencia en marcha, de un nuevo Próspero que busca a traves de los siglos el milagro de la sabiduría i de la belleza.

Su cerebro estuvo abierto siempre a todos los vientos del espíritu, cual el rosal de la leyenda brahamánica que con el rocío de la noche florecía eternamente. Su curiosidad no tuvo límites porque vivió acorazada contra las arremetidas de todo lo que no fuese el estudio: así restauró obras ya desaparecidas, compuso *ex*

abundantia cordis, versos dignos de Tíbulo; leyó todas las obras españolas de la literatura ante-clásica, desde los primeros ensayos de la cultura hispano-romana hasta los primeros albores del siglo XVI; recopiló esa bibliografía definitiva sobre Horacio en España, que bastaría por si sola para conservar su nombre en las letras hispanas; fué crítico literario en sus ensayos sobre los modernos escritores, en la edición de las obras completas de Lope de Vega anotadas i comentadas, en el tratado histórico de la novela española anterior a Cervantes, en las conferencias sobre Calderon, en sus discursos, en sus prólogos, en sus lecciones de la cátedra; fué exéjeta i polígrafo pacienzudo en la «Historia de los Heterodojos Españoles», en las polémicas de «La Ciencia Española» i en la monumental «Historia de la Ideas Estéticas en España», para escribir cuyos volúmenes hubo de ir a las fuentes mismas de los orijinales, queriendo afirmar ese su concepto arraigado del verdadero sabio que no «posee ni sabe de verdad sino lo que por propio esfuerzo ha adquirido i averiguado, o libremente se ha asimilado». De este modo, remontó todas las corrientes filosóficas, tratando de encontrar en

ellas las leyes universales de la armonía que tan sólo dos hombres de la antigüedad conocieron como ninguno: Aristóteles i Horacio.

En este aspecto de su obra Menéndez i Pelayo debe figurar entre los tres o cuatro críticos universales que ha dado al mundo la cultura latina, Saint Beuve, Gourmont i Croce. Como ellos tuvo la clarovidencia del pasado gigantesco que representaba la cultura greco-latina i en ella hubo de buscar las grandes leyes del pensamiento i del arte que veinte siglos mas tarde renovara Hegel en la grande i redentora Alemania. Tal vez por directa reaccion contra la literatura de hoi fue un apasionado del filósofo griego i del poeta venusino: Atenas i Roma solamente amamantaron el altísimo ideal del artista que en vano buscaban sus ojos en la edad contemporánea; Cervantes i Shakespeare fueron escepciones milagrosas. Así, su poeta predilecto era Horacio, en quien encontraba el eco solemne del Númen que todo lo siente i todo lo espresa con esa luminosidad que tambien habia de pedir mas tarde para el poeta ese otro griego con algo de Nietzsche, Remy de Gourmont.

El aeda, tal como lo comprendieron Homero i Eurípides, respondía al ideal soñado por Menéndez i Pelayo: la poesía ha de tener la grandeza i la solemnidad austera de un Paternon, claro, radiante, al cual lleguen las nueve musas como a un nuevo Walhala. Su desconsuelo era hondo, pues, ante el divorcio profundo del arte contemporáneo con la concepcion de la naturaleza i de los sentimientos de los antiguos, sacrificados en hora funesta a un personalismo ficticio, enemigo jurado de la grandiosidad olímpica. El poeta actual es un *Dii minor*, mas humano que elocuente; el *aedo* heleno recibía como un receptáculo sagrado las ideas mas altas que habían de convertir su inventiva i su estro en imágenes solemnes, ecos de su patria i de su raza. Pero, como quiera que en nuestro tiempo el maridaje de los grandes ideales colectivos i de los sentimientos que otrora inspiraran al poeta, han sido aplastados por el análisis moderno, el crítico se refugia en la última isla de sus sueños para pedirle al lírico actual que se asocie a los triunfos de la civilización i haga de ellos la grande i noble poesía del porvenir, sublimando todos los esfuerzos del trabajo, desde la hu-

milde labor del telar hasta la maravilla portentosa de la electricidad; el vate del futuro debe trasformarse, por razon de humana metempsícosis, en un sacerdote conforme la grandeza de su mision lo exige i si no quiere atarse al carro de la impiedad triunfante, debe acercarse a Dios como a la suma fuente de inspiracion i ser entónces el intérprete suyo ante los mas i los mejores. Aquí apunta en Menéndez i Pelayo el católico convencido, el doctrinario de las polémicas en contra de la Revilla. Es cristiano i se debe a un ideal superior, mas no por esto hace derivar el arte a un fin puramente ético o de propaganda; su honradez de sabio i su amor de artista se lo impedirian: «No creamos —dice— que la ciencia es obstáculo para nada; no creamos, sobre todo, que la ciencia de Dios traba la mano del que ha de ensalzar con la lengua del ritmo las divinas excelencias». Lo cual viene a confirmar ese máximo ideal estético de los grandes poetas de que las supercreencias, llámense Dios, Patria o Libertad, son un incentivo de la realidad creadora, como el vino fortificante que ha de contener el vaso del verso. Muéstrase en esto Menéndez i Pelayo, discípulo una vez mas de los griegos i so-

bre todo del latino Horacio: interiormente, con la perpicaz *insight* de Carlyle, repasará de día i de noche, tal el lírico de Venusia, sus versos animados por el espíritu antiguo i dichos en su lengua vernácula:

.....Pero otra lumbre
antes encienda el ánimo del vate.
El vierta añejo vino en odres nuevos,
i esa forma purísima, pagana,
labre con mano i corazon cristianos. (1)

Caben en lo dicho anteriormente i en estos versos todas sus teorizaciones estético-líricas. Como aquel otro sutil helenista i gran poeta, Andres Chenier, Menéndez i Pelayo soñaba hacer *des vers antiques sur des pensers nouveaux*, vaciando en la forma mas libre del metro castellano i en la que mayores dificultades presenta, por añadidura, como es el endecasílabo blanco,

El vino añejo que remoja el alma...

buscando con esto la mayor liberacion dentro de la poética moderna, i el verso que mejor

(1) «Odas, Epístolas i Trajedias.»

pudiera espresar las imágenes del poeta evitando las trabas métricas i que al mismo tiempo tuviera algo de la serenidad del alma antigua del arte latino. Porque su máximo ideal poético, como anotaba ántes, iba hácia el lírico venusino en quien había nacido el ideal de su poeta-cumbre; en su Oda célebre lo ha dicho:

Todo, rei de la lira, lo abarcaste;
pusiste en todo la medida tuya,
el ne *quid nimis* ¡sobriedad eterna!
la concision, secreto de tu númen.
En torrentes de números sonoros
despéñase tal vez tu fantasía;
mas nunca pasa el término prescrito
por la armónica lei, que a los Helenos
las hijas de Mnemósine enseñaron.
¡Tiempo feliz de griegos i latinos!
Calma i serenidad, dulce concierto
de cuantas fuerzas en el hombre moran;
eterna juventud, vigor perenne,
culto sublime de la forma pura,
perenne evocacion de la armonía.
¡Bárbaros hijos de la edad presente!
Horacio, ¿lo creerás? graves doctores
afirman que los hórridos cantares
que alegran al Sicambro i al Escita,
o al Jermánico tenaz i nebuloso,
oscurecen tus obras inmortales

labradas por las manos de las Gracias,
cual por diestro cincel mármol de Paros.

Pero, a pesar de esta su concepción demasiado clásica del poeta, Menéndez i Pelayo se muestra a veces profundamente comprensivo respecto de lo moderno; «No quiero poetas estoicos—dice— i de una sola cuerda. Gusto de ingenios flexibles, i que sepan recorrer todos los tonos i encantar a todos. Esto hizo Horacio i despues lo han conseguido mui pocos». I, luego, con algo de la estética de Nietzsche, exalta el aristocratismo absoluto del arte que no tiene mas razon que la de su belleza i nada tiene que ver con las populacherías fáciles; «Cese en nuestros vates —escribe— esa manía de las coplas i de las seguidillas. Si son populares, no son buenos, si son buenos, no son populares». No podía pensar de otro modo quien poseia la mas rica cultura clásica i se codeaba a diario con Anacreonte i con Propercio; quien, como él, buscaba en el arte las altísimas sublimaciones de la conciencia i odiaba lo que podria llamarse el *chirlismo* moderno de algunos poetas.

II

Advertia ántes ya que Menéndez i Pelayo comenzó su carrera literaria con una serie de polémicas que mas tarde aparecieron coleccionadas en varios volúmenes titulados «La Ciencia Española», los cuales sentaron, junto con la «Historia de los Heterodojos Españoles», su fama de dogmático hasta la mas discutibles exaltaciones. Como todo español tradicionalista fué derecho al catolicismo i se mantuvo dentro de la relijion hasta el último dia de su vida, fuerte de fe, impenetrable e inflexible en materia de exéjesis i de doctrina. Enemigo jurado del materialismo i de la Enciclopedia no les escatimó en ninguna ocasion sus críticas mas vio-

lentas con el fin de afirmar por sobre los escombros del racionalismo redivivo, las excelencias del catolicismo i del pasado cristiano.

En nombre de la filosofía se burló de Voltaire e intentó reducir a cenizas, con encarnizamiento digno de mejores siglos, el krausismo que importara Sanz del Rio del último rincón de Alemania para renovar en la Península una era de gran actividad espiritual. Krause, según Menéndez i Pelayo, era una especie de lacayo, o *valet de pied*, de la filosofía alemana; su influencia en la patria de Hegel fué nula; su sistema metafísico una serie de galimatías que algunos ilusos han tomado en serio. « Los krausistas—dice—no se contentaron con formar una escuela: formaron una secta, una lojia, una sociedad de socorros mutuos » (1). Contra Sanz del Rio, el jefe de capilla, iban dirigidas las peores inventivas, las argumentaciones mas cerradas i los epítetos mas crudos: así, Menéndez i Pelayo aseguraba que su intelijencia era estrecha, que carecía de libertad espiritual i que si las ideas llegaban a su cerebro se fijaban en él con la tenacidad de los clavos; su

(1) « Historia de los Heterodojos Españoles ». III.

sistema filosófico lo deducía de los abundantes conceptismos ideológicos de sus escritos, de un idealismo metafísico tan enrevesado como an tojadizo: «Yo me distingo de mi cuerpo como yo mismo;—decía Sanz del Rio—yo me reconozco ser el mismo sujeto, aun sin mirar a mi cuerpo, como el opuesto a mi, quedando todavía yo mismo, subsistiendo en mí propio, i en esta pura percepcion me llamo yo espíritu, el espíritu». Razon sobrada les alcanzaba pues a los contradictores de una tal escuela de pseudo-filósofos; Menéndez i Pelayo, como todo escritor castizo, veía en el advenimiento de Krause i su doctrina la renovacion de una nueva era de conceptismo ideológico aclimatada en España, gracias al afan pueril de un escritor desatinado. «Pocos saben en España—advertia entónces—que hemos sido krausistas, gracias a la vanidad intelectual de Sanz del Rio» (1). No podia tolerar en los adeptos a la escuela el afan por entronizar un sistema que comenzaba poniendo de moda una jerga imperdonable. Tales apasionamientos los justificaban en el

(1) «Historia de los Heterodojos Españoles». Vol. III.

historiador de los heterodojos sus profundas convicciones de católico i su amor de artista enamorado de la claridad latina de la filosofía española i de la buena metafísica cristiana.

Algunos años mas tarde, muerto ya Sanz del Rio, el krausismo vivió rápidamente sus postreros dias para desaparecer con todos sus alardes misticistas i con sus sistemas enrevesados sólo soportables en una época en la que los que se encargaban de pensar lo hacian tambien por los demas. Sobre la lápida filosófica de Krause i de su panejirista se podria escribir hoi el epitafio célebre: «Aquí no yace nadie».

Sin embargo, si como valor filosófico el sistema de Krause lo tuvo mui discutible, fuerza es reconocer que en la Península logró despertar una verdadera actividad espiritual, por cuanto las ideas del maestro aleman exaltaron un franco renacimiento liberal i un ardiente movimiento de reaccion contra la filosofía cristiana. Para los católicos los krausistas eran revolucionarios, ateos i nihilistas; para los liberales, en cambio, apóstoles estudiosos, dignos de atencion i de respeto. «Se dice en España un krausista—escribía G. Compayré—como

antiguamente en Roma se decia un estoico, dando a esta palabra el significado de una virtud elevada hasta el puritanismo» (1).

Las diatribas contra Krause i su sistema fueron solamente el desarrollo de una parte del programa que se habia propuesto Menéndez i Pelayo en la obra de restauración histórica de la ciencia española. I cabe decir ciencia al tratar solamente de una corriente filosófica, ya que esta cae dentro del cuadro jeneral de exposicion que se propuso el crítico.

Contra los propios epigones del Discípulo

(1) «Etudes sur l'enseignement et sur l'éducation». —Paris, 1891.

En su libro «Literatura i Problemas de la Sociología», reconoce este mismo valor científico-filosófico don Adolfo Posada cuando escribe: «Recojiendo ahora las manifestaciones mas numerosas que, bajo la accion de la doctrina de Krause i luego de los krauso-positivistas i krauso-españoles, se han producido con respecto a las ciencias sociales, es necesario citar ante todo la obra filosófica de Sanz del Rio. No publicó muchos libros el inmortal maestro; su accion fué mas bien personal, como profesor público i privado; fué ademas una accion educativa, impuesta por una vida ejemplar, modelo de sinceridad científica, de honradez i de moralidad».

aleman de Schelling, primero Azcárate i luego despues de la Revilla, que acusaban a España de haber ahogado casi por completo la actividad científica durante tres siglos i de no haber contribuido en nada al progreso filosófico universal, iban dirigidas las cartas de «La Ciencia Española», labor magna de investigacion bibliográfica. «La historia de la ciencia—decia de la Revilla—puede escribirse sin que en ella se mencione una sola vez a España». I estre mando luego mas aun la nota pesimista añadia: «Rejístrense los nombres de todos los físicos, matemáticos i naturalistas que entónces produjimos, i ninguno se hallará que compita con los de Copérnico i Galileo, Newton i Kepler, Pascal i Descartes» (1). Ciertamente, de la Revilla estaba del lado de la razon, aunque en parte, fuerza es confesarlo, despues del propio testimonio de las polémicas de Menéndez i Pelayo. Tal vez debido a las disposiciones intelectuales de la raza peninsular (falta de espíritu crítico, escaso afan por el estudio, sentido de jeneralizacion escaso, a cambio de un patriotismo exaltado que valorizaba la vida por el

(1) «La Ciencia Española», vol. I (Primera Parte).

esfuerzo guerrero o por la petulancia hidalguesca), la ciencia española no fué mas allá de una larga serie de pequeños descubrimientos que en ningun caso tuvieron la trascendencia de esos saltos gigantescos dados por Lavoisier, por Laplace o por Pasteur. Sin embargo, es menester concederle tambien a los sabios españoles que recuerda Menéndez i Pelayo, sus grandes méritos que hasta hoi han pasado poco ménos que ignorados, gracias a los flamantes vulgarizadores científicos, autores de textos i lecciones parcialistas.

Así, quien quiera que estudie filolojía se ha de interesar por el esclarecido jesuita Hervas i Panduro, del cual decia el propio Max Muller en la Institucion Británica de 1861, que fué el primero en enseñar que la clasificacion de las lenguas no debe fundarse en la semejanza de sus vocabularios, sino en el artificio gramatical, i el primero en establecer la verdadera familia de las lenguas malayas i polinesias, hecho consignado por Hervas «mucho tiempo ántes de ser anunciado al mundo por Guillermo Humbolt» (1). Cerca de este especialista, aunque

(1) «La Ciencia Española», vol. I (Primera Parte).

en otro órden de conocimientos, ¿quién no recuerda al noble i erudito Miguel Servet, latinista eximio, biólogo i filósofo, quemado por Calvino? Su descubrimiento de la circulacion de la sangre le anticipó el calvario de la mas tenaz de las persecuciones. ¿Cómo no hablar tambien de Luis Vives i de Suárez, cuyos sistemas han formado escuelas; de Isaac Cardoso que consignó, por primera vez, que los colores son *lux refracta, reflexa ac disposita*; que Ulloa dió a conocer el platino; que Solano Luque hizo las primeras observaciones sobre el pulso; que Valles presentó la primera hipótesis del fuego como unidad dinámica; que a Feijoo se le deben, entre muchas otras, la teoría sobre los terremotos i a Barba estupendos estudios sobre metalurgia; que Fernan Pérez de Oliva alcanzó a vislumbrar el telégrafo eléctrico i que los primeros sistemas pedagójicos de Europa para sordo-mudos i ciegos fueron los del benedictino Fr. Pedro Ponce, del aragonés Juan Pablo Bonet i del maestro Alejo de Venegas? Estos, junto a otros muchos, jeógrafos, orientalistas, botánicos, químicos, matemáticos, teólogos, cosmógrafos, bibliófilos, físicos i filósofos, forman lejon i constatan descubrimientos que

nadie osaría negar ni dejar de reconocer como valiosísimos; pero, jamás, nos han de convencer que estos hechos tan aislados como de relativa importancia, afirman la existencia de una gran corriente científica de la cual haya resultado una serie de progresos en el orden general del pensamiento, ni hayan dictado leyes eternas. Ni aun como jeógrafos, siendo como eran por necesidad de grandeza navegantes, han dado los españoles un Humboldt o un Reclus.

Los estudios de sus investigadores consiguen notas aisladas de gran valor, así sean las de sus humanistas o las de sus arqueólogos; esto es innegable: ¿mas, nació acaso en el siglo XVII un Ramon i Cajal, un Menéndez Pidal o un Altamira que comprendiese siquiera las grandes evoluciones de la fisiología, el sentido psicológico de los romances o la trascendencia moral de la historia? Tal vez o no lo sabemos, como ignoraba muchas cosas de de la Revilla, o tales sabios esperan a un nuevo Menéndez i Pelayo que los descubra entre las mazmorras de las bibliotecas. Pero Menéndez i Pelayo tenía demasiada perspicacia e inteligencia para ver bien claro entre aguas, su-

poniendo que en materias científicas el mejor juez suele ser el olvido.

Si algunos sabios europeos, como Hamilton llamó a Vives «filósofo tan profundo como olvidado»; Lessing que vertió al alemán la obra de Duarte; Leibnitz, que no se equivocaba así no mas, i que escribía sobre la escolástica de Suárez... «hai que confesar que se encuentra oro entre estas escorias, pero sólo las personas ilustradas pueden estraerle». Lange que ha dicho de Vives, al recordar su tratado «De ánima et vita», que fué el mayor reformador de la filosofía de su época; Renan que dedicó a Averroes un libro entero; Rousselot que ha escrito una historia profunda sobre los místicos; Mackintosh que llamaba a la España del siglo XVI «la mas poderosa i magnífica de las naciones europeas», con lo cual demuestra que andaba mas cerca de la luna que de la península o que en su patria habia desempeñado el oficio de negrero. Si todos estos escritores se han espresado así, aunque de paso los de mayor importancia, vienen deseos de preguntar, ¿porque entónces la ciencia española no tiene la importancia que debiera? ¿O es que se ha formado una conjuracion del silencio contra

ella o es que no es digna de sobrevivir a su tiempo? Demasiado se nos alcanza el verdadero secreto de la cuestion para que tratemos de insistir. Empero, el tradicionalismo de Menéndez i Pelayo le llevó mui léjos en este sentido, obligándole a exaltar la importancia de personalidades que si tuvieron influencia en su tiempo apénas si han dejado una débil huella que llega hasta el presente uniendo un pasado borroso con débil hilillo de luz.

A pesar de los muchos Juan de la Cosa, Sagres, Oliva, Sabuco de Nantes, Antonio, Agustin i Bernal Pérez de Vargas, *Dii minoris* de la ciencia, el autor de «La Ciencia Española» llega a una conclusion que debia haber sido como el punto de partida o la piedra angular de su obra restauradora, cuando dice, contestándole, a de la Revilla, que, no hai historia de la ciencia sin España, porque la ciencia no se compone sólo de dos teorías, i de tres o cuatro hipótesis, i de uno o dos principios fundamentales, sino de una larga serie de *cabos sueltos*, que suponen el trabajo i el esfuerzo de pueblos i jeneraciones enteras, esfuerzos que deben quedar rejistrados en la

historia, si esta ha de ser completa, enlazada, útil i fructuosa. Esto confirma la realidad de las cosas i le asigna a cada cual su casillero: la ciencia española debe considerarse como una larga variedad de cabos sueltos, pero de pequeños cabos, que no tuvieron la felicidad de ser atados por un sabio o por un filósofo digno de encarnar su época, desbordándose fuera de ella, i que pudiera codearse con Kepler o con Copérnico.

Pero, es en sus estudios sobre la filosofía española, no ya la de los krausistas, donde se adivina de cuerpo entero al Menéndez i Pelayo tradicionalista, español i españolizante a toda prueba; *laudator* de cuanto polígrafo compuso uno o varios libros de pura metafísica, o de cualquier monje que se atrevió contra Aristóteles, moda mui socorrida a fines del siglo XVI. Esta parte de su obra abarca algunos capítulos de la «Ciencia Española», de la «Historia de los Heterodojos Españoles», de la «Historia de las Ideas Estéticas en España», discursos i artículos volanderos que andan reunidos en los «Estudios de Crítica Literaria» i las notas dispersas que corren por las páginas de «Horacio en España». ¿Que la tan decantada filosofía

española es un coco para niños grandes i para sabios chirles? Pues a probar su existencia brillante se lanzó el crítico como lo habia hecho con las ciencias exactas, revestido de toda su erudicion, que hablaba en él *magister dixet*, desenterrando lo que a veces no merecia ni un mal comentario. Es que Menéndez i Pelayo no concibió nunca el porvenir sin que se basara en un pasado de grandiosidad legendario, sólo así se comprende ese su afan por sacudir el polvo de todos los sepulcros de la historia, con la majia de su pluma maravillosa.

Pesada i hasta soporífera es la tarea de seguirle a traves de los vericuetos i de todas sus fugas hacia la antigüedad; mas, compénsase esta tarea con los muchos capítulos deliciosos que prodiga a menudo en sus reconstituciones sobre la Edad Media. Así, ¿quién no conoce, cuando mas no sea por referencias, el estudio admirable que le dedica a Raimundo Lulio? Es una pájina primorosa digna de ser recordada siempre junto a las mas bellas hagiografías de Fra. Domenico Cavalca i a las divagaciones imperecederas de Wackenroder.... ¡Ramon Lull...! Hai hasta en el nombre del monje mayorquin el encanto de la nota exótica, de lo

anómalo i bizarro que predispone el espíritu a un viaje de ideal i de ensueño. Raimundo Lullio apénas si es conocido hoi dia en la Península ya que no en América. ¡Cuánta distancia va de la frialdad del presente al entusiasmo de ayer, cuando en Castilla el propio gran cardenal Jiménez se erejía en su protector i el hurafío Felipe II se atrevia a recomendar sus libros! Si en su siglo tuvo violentos impugnadores, ello se debió tal vez a esa su audacia de iluminado que le dictó las mas hermosas tonterías imaginables, tal aquel capricho inmortal de que la pluralidad de Dios se manifiesta en el amante, en el amado i en el acto mismo de amar.

Menéndez i Pelayo le sigue en sus elucubraciones con admiracion de artista i de sabio i en su honor llega a decir cosas tan bellas como las del propio solitario del monte Randa. «Ramon Lull—escribe—es uno de los mas grandes místicos de la Edad Media. Su corazon era *casa de amores*, como el mismo dice. Para él cantaba siempre el pájaro en los verjeles del Amado: *¡Cuán grande daño es*, esclama en frase ardentísima *que los hombres mueran sin amor*». ¡No es esto hermoso, digno de un altísimo poeta que, saltando por sobre to-

das las vulgaridades humanas, espaciara sus ojos anjélicos por sobre una humanidad superior? Su misticismo sintetiza el espíritu de un tiempo fabuloso en fuerza de estar tan distante, i en él me figuro al beato Raimundo como un pájaro azul encerrado en jaula de oro; divino pájaro que cantaba, pues la casa de amores estaba desierta; tenia el corazon herido, i esa herida de juventud estaba renovando siempre en él la tortura de la esperanza; porque su vida habia sido una leyenda prodijiosa de amor ideal, mas soñado que vivido. Apuesto caballero, enamorado de Ambrosia de Castello, la sigue un dia hasta el interior de la iglesia en que iba a orar; ante la audacia del mancebo, ella se desgarrá las vestiduras i le muestra el pecho carcomido por el cáncer; ella, la mas hermosa mujer que nunca vieron humanos ojos! Renuncia entónces Raimundo Lulio a la vida i va a sepultarse en un convento, i estudia i lee con avidez la filosofía griega, repasa durante diez años todos los libros hasta llegar a ser el fraile mas sabio de su tiempo, una alma blanca iluminada por la eterna sabiduría. Compone versos aurales, divinos i amargos como aquellos que ha exhumado Menéndez i Pelayo:

Quant fui grans, e senti del mon sa vanitat
Comencei a far mal: e entrei en peccat;
Oblidam lo ver Deus: seguent carnalitat.

Recorre luego Europa, representa a la Iglesia en varias capitales i escribe una serie de obras filosóficas, hace descubrimientos importantísimos como el de trazar un astrolabio para que en él conociesen los navegantes las horas de la noche e inventa una figura jeométrica por medio de la cual le es permitido a los pilotos seguir el rumbo de las naves; i, por fin, despues de una vida gloriosa i fecunda, va a morir en Africa, santificado por el martirio que soñaba su alma de dulce rebaño del Señor.

Lo trascendental en la filosofía de Raimundo Lulio no está en sus aproximaciones sobre la pluralidad divina, sino que en el principio de que lo real corresponde a lo ideal, i que de la idea brota la realidad o que la idea es entidad fecunda; que todo lo que *debe ser*, es, i que las leyes del mundo objetivo son paralelas a las del mundo subjetivo. Es, pues, el monje mallorquin, un idealista a macha martillo, sobre todo si se atiende a su doctrina de concordancia del arte con la divinidad; i tambien es un

realista en su sistema de la unidad de la ciencia, en el método aplicado a la moral i en la esplicacion racional del misterio de la Trinidad. Toda su filosofía, i hasta los vuelos mas amplios de su metafísica, podrian caber dentro de su aforismo: «El vínculo de la concordancia traba lo sumo con lo ínfimo».

De mas trascendencia que la obra de Raimundo Lulio en filosofía son los libros de Luis Vives i del teólogo Suárez, autores de dos sistemas que en su tiempo dieron la vuelta a Europa i que actualmente duermen en el fondo de los testos de consulta i de los diccionarios enciclopédicos. Vives, médico valenciano, gran amigo de Erasmo, estudió en Paris, Lovaina i Lóndres todas las doctrinas de su tiempo i del pensamiento griego i latino. Dedicado durante los mejores años de su vida a la observacion i a los experimentos por necesidades de su carrera, llegó a afirmar que la ciencia debia reformarse i progresar (porque *nulla ars simul est et inventa et absoluta*) anticipándose en esto hácia una especie de evolucionismo; basado en tal principio revisó i criticó todos los sistemas de doctrina buscando sus errores en los propios desvíos del humano entendimiento. Preconizó,

tambien, la experimentacion científica, basada en la observacion de la naturaleza (*experimentis et usu rerum*), que es el único sistema de aproximacion a la verdad. Ademas, Vives desarrolló un sistema metafísico basado en Aristóteles i a veces en Platon; «señaló reglas para evitar los extravíos intelectuales, i *cristianizó* la filosofía del Renacimiento» (1). La parte mas interesante de su filosofía es la que se deriva de la sentencia que al principio de la autoridad se opone el de la razon, con lo cual afirma todo su sistema racionalista precursor del de Bacon i de gran parte de la escuela escocesa, que Menéndez i Pelayo considera juntos con el cartesianismo como «diversos jirones del manto de Vives» (2).

Suárez, a quien Menéndez i Pelayo le concede casi tanta importancia como a Vives, fué un gran teólogo ante todo, i, como tal, (hijo de su tiempo al fin) un metafísico, modificador del *tomismo* i fundador de la escuela que lleva su nombre i que es digna hermana del *lulismo* i del *vivismo*, trinidad de la filosofía española.

(1) «La Ciencia Española», Carta-Prólogo.

(2) «La Ciencia Española», Primera parte.

La doctrina que Suárez llama de *la ciencia media* i en la cual pretende explicar la conciliacion del libre albedrío i del misterio de la gracia ante la verdad de la razon, le valió una gran notoriedad; pero, donde mejor se adivina todo lo capcioso de su metafísica, es en la doctrina que Menéndez i Pelayo califica de *orijinalidad de pensamiento*, su enrevesado «no distincion entre la esencia i la existencia en el conocimiento intelectual de los singulares», que mas que una doctrina filosófica parece una jerga de negros, en la que se confunden el mas abtruso conceptismo ideolóxico con el lenguaje mas olímpico; i, a vuelta de rodeos, el autor de «La Ciencia Española» asegura que... «Suárez cifra i compendia la filosofía jesuítica, viva i poderosa hoi todavía, i tan *suarizta* como en el siglo XVI».

Tambien es digno de recordarse entre los filósofos españoles que alcanzaron cierto renombre en su tiempo, a Fox Morcillo, autor de un libro mui socorrido por la opinion europea de la época «De naturae philosophia, seu de Platonis et Aristotelis consensione», del cual nos bastará citar algunas sentencias para dar una idea aproximada de su sistema:... «Porque si

hay una *forma* primera i divina, a la cual, como a su fin, se refieran todas las demas, tiene que ser un algo *universal, separado de la cosa misma*... «Hemos de buscar algo anterior i superior a la *materia i la forma*, algo que no pertenezca al jénero de las cosas compuestas, sino que preceda a toda composicion i exista por sí mismo». «Nada hai, pues, en el entendimiento que antes no haya estado en los sentidos, *excepto las nociones naturales del mismo entendimiento*». De lo cual, si se extrema un poco la nota, se deducirá una especie de platonismo cocido en las retortas de cualquier Aristóteles de academia.

Raimundo Lulio representa en la filosofía española el mas simpático de los idealismos, así como Vives la razon disfrazada con los arreos de un criticismo implacable. Suárez, el espíritu metafísico i Fox Morcillo, un escolasticismo accidentado. Al emprender una síntesis histórico-crítica de todos estos sistemas i de muchas otras corrientes del pensamiento peninsular, se llega a la conclusion de que existieron dos corrientes poderosas que nunca han confundido sus aguas: el espíritu crítico i el espíritu armónico, el de Luis Vives i el de Rai-

mundo Lulio, «la tendencia psicológica i experimental i la tendencia ontológica i sintética». ¿Se han de confundir alguna vez estas corrientes? ¿Cuándo ha de nacer el filósofo de la raza que escriba de nuevo «el ascenso i descenso del entendimiento»? Las ventanas del espíritu están abiertas i el campo aguarda al sembrador. Balmes quiso realizar el intento sin llegar a cosechar el fruto apetecido.

Después de leídos i analizados los volúmenes de «La Ciencia Española», recojiendo nombres, recordando sistemas ya olvidados i analizando las influencias extranjeras en la filosofía, corroboradas por la mas erudita bibliografía que jamas dieron a la publicidad las prensas españolas, nos preguntamos: ¿Tuvo razon Menéndez i Pelayo al afirmar que los filósofos hispanos no desmerecen en nada junto a los mas representativos de Europa? Así, se atreve a suponer una curiosa hipótesis reconstructiva. «¿Quién sabe—dice—si derramando en el lulismo el río de la ciencia experimental, i sustituyendo su mala i atrasada física i su psicología deficiente por la física i la psicología de nuestros tiempos e interpretando la parte metafísica como Lulio la interpretaria hoy si viviese, lle-

garíamos a la constitucion de una especie de hegelianismo cristiano? ¿Quién sabe si la fórmula *ontopsicológica*, la bandera de paz entre Platon i Aristóteles, levantada en el siglo XVI por Leon Hebreo i Fox Morcillo, será la fórmula definitiva bajo la cual se desarrolle la ciencia española?» (1)

Tal vez pudiera ser así si la humanidad actual anduviese tan indijente de doctrinas como en el siglo I de la civilizacion. Pero los años se han sucedido i con ellos filósofos de la talla de los Kant, los Hegel, los Vico i los Fouillée, i numerosas escuelas i discípulos de todos estos; la necesidad de la especulacion espiritual crece con la cultura i los estudios de los polígrafos de todos los paises renuevan a diario todas las doctrinas, hasta las menos importantes de la antigüedad clásica. ¿Por qué, entón-ces, la humanidad se ha olvidado de la filosoffa española? ¿Será porque ésta ha nacido del seno del catolicismo i no se ha alejado de él? I si el misticismo es considerado ya como un sistema independiente, ¿no es Lulio su mayor apóstol?

(1) «Historia de las ideas estéticas en España», vol. I.

I el *vivismo*, precursor del psicologismo escocés, de Bacon i de Descartes, del peripatetismo clásico o aristotelismo puro, ¿no se basta para sobrevivirse en la vorágine del tiempo? Fuerza es creer que la juventud de Menéndez i Pelayo estremó la nota, exajerando la importancia de la filosofía española; mas, preciso es creer tambien que la Europa no ha retribuido aun la deuda de gratitud que le debe a un Luis Vives, iniciador de las dos mas grandes corrientes del pensamiento europeo que en Alemania acabó por cristalizarse con Hegel i en Francia e Inglaterra con Descartes i Bacon.

III

La segunda objecion motivada por las polémicas con Azcárate primero i con de la Revilla despues, dió oríjen a su hermosa defensa sobre el tan decantado atraso de España que aquellos atribuian a la intolerancia relijiosa i al feudalismo de la Inquisicion, que paralizó el desarrollo industrial i le cortó las alas al arte. Menéndez i Pelayo se erijió entónces en paladin del catolicismo, en defensor de la civilizacion cristiana i de su mas alto protegido, Felipe II. Tenia a la sazón veintiun años i ya habia terminado la completa «Historia de los Heterodoxos españoles». (Segun consta en la introduccion del primer tomo que está fechado en

Bruselas en Noviembre de 1877) libro apasionado hasta la violencia que mas bien se dijera escrito por un monje de la Edad Media que no por un catedrático o un crítico, discípulo de Milá i Fontanals.

La decadencia de España durante los siglos XVI, XVII i XVIII respondia, segun Menéndez i Pelayo, a una serie de circunstancias ajenas a la cuestión relijiosa. Despues del primer período de la conquista de América i del desborde colosal de enerjía que pareció exhumar hasta el último corazon de español en la epopeya de sus guerras extranjeras, la Península se agota rápidamente, la emigracion es inevitable, el pauperismo se entroniza, su poblacion disminuye hasta ocho millones i si en el extranjero conserva cierto resto de poderío, ello se debe a la ayuda simulada de los protestantes i de los holandeses en Flandes.

El Estado se encuentra bien pronto precipitado hácia una crisis de perfecta impotencia i de desórden ante la desmoralizacion que hace aun mas exaltada la tiranía feroz de la escasa justicia; ante la miseria que sucede al mas grande período de riqueza de que jamas haya gozado pais alguno; ante la ruina del ejército que

se ha reducido a escasos miles de soldados mal vestidos i peor remunerados; ante el pillaje que se multiplica en Madrid mismo i ante la alimentacion que disminuye i la altanería insolente de un pueblo que si no tiene pan en cambio lleva espada al cinto. La nacion parece sangrar por cien heridas a la vez: el carácter que se prostituye, la existencia que se dificulta mas i mas i el valor que se exalta en guerras fatales e inútiles. I, por sobre todos estos escombros, impera el mas feroz de los despotismos políticos, que ora se traduce en un afan carnicero para mantener los límites del antiguo imperio en el cual no se ponía el sol o ya en una insolencia interior que da alientos i pujos bárbaros a la Inquisicion.

Tal estado de cosas parece ser una consecuencia del desborde de enerjía desarrollado bajo el imperio de Carlos V i del exceso de riqueza que desbordó la conquista de América sobre la Península, raudales de oro i de prosperidad perdidos en mala hora. Una evolucion lenta hacia la decadencia altera hasta los hábitos de raza del pueblo español. «Si se busca la causa de este debilitamiento continuo o de

esta barbarie persistente—dice Taine—no es por cierto ni en la necesidad ni en la locura de sus gobernantes donde se la encuentra; está primeramente i sobre todo en esta estructura íntima de las almas, que, en todos los paises, impone a cada nacion su fortuna buena o mala, i la predestinacion para los desastres o para los triunfos» (1). Mil veces no; el fatalismo histórico es la lei del menor esfuerzo en la moral colectiva; la conciencia de la fuerza es un acicate para despertar hasta las mas recónditas enerjías dormidas.

Sin embargo, ese estado de alma que advertia el crítico frances en el pueblo español no era mas que la consecuencia de la prosperidad derrochada i del desgobierno tiranizado por la pobreza imprevista i por la intolerancia relijiosa que acabaron por encauzar todos los sentimientos del pueblo en las hormas de hierro de todos los prejuicios imajinables. Que la relijion no tuvo culpa de este estado de cosas, podria tal vez concebirse, aunque todo parece traicionar su buena intencion.

A fines del siglo XVII los españoles «no

(1) Dernier Essais de Critique et d'Histoire.

abandonaban sus espadas ni para confesarse, ni para comulgar—dice la señora d'Aulnoy.— Aseguran que la llevan para defender la religion, i en la mañana, ántes de terciarla, la besan i hacen con ella el signo de la cruz» (1). La crisis de misticismo acaba por precipitar un super estado de abulia i de inercia intelectual que el terror del Santo Oficio exalta como una pesadilla. Sin embargo, Menéndez i Pelayo saldrá al paso no ya para rectificar sobre si eran mas o ménos importantes los que iban al potro o a la hoguera (judíos oscuros todos, se lee en «La Ciencia Española», a pesar de que en las mazmorras de las cárceles jimieron el Broncense i Frai Luis de Leon i en los Indices se encuentran los libros de Huarte i de doña Oliva Sabuco) sino que para deslindar la responsabilidad que al Estado le cabia en la necesidad de mantener la Inquisicion como una salvaguardia contra las perturbaciones heterodojas del exterior. «Enfrente de las matanzas de los Anabaptistas, de las hogueras de Calvino (que ya habia hecho quemar a Servet, agregaremos nosotros a título de aclaracion), de Enrique VIII

(1) «Voyage en Espagne.»

i de Isabel, ¿qué de extraño tiene que nosotros levantáramos las nuestras? En el siglo XVI todo el mundo creía, i todo el mundo era intolerante». (1) Bien se alcanzará esta conclusion atrevida. ¿Acaso un error justifica otro error? Crímenes fueron del tiempo i no de España, argüirá Quintana, i Valera: «La Inquisicion no fué al fin sino un signo, un síntoma del estado mental de un pueblo que se hizo el campeon de lo pasado contra lo presente i contra el porvenir de la civilizacion, i que no pudo ménos de salir harto mal parado de la jigantesca i absurda lucha». (2) Esta es la verdad de los hechos i su razon psicológica, que viene a confirmar en parte el juicio de Taine.

La defensa de la Inquisicion, no puede partir de simples ideolojías mas o ménos antojadizas que el sentido de los hechos vendria a contradecir; Menéndez i Pelayo apela a una espliacion jurídica: el testimonio de las leyes españolas que la apoyaban e imponian penas de muerte (*ser quemado vivo hasta que quede*

(1) «Historia de los Heterodojos Españoles», vol. I.

(2) Disertaciones i juicios literarios.

muerto, son las palabras casi testuales) no sólo a los que no abrazaban la religión católica sino que también a aquellos que escuchasen las enseñanzas profanas. Después de tal testimonio que corrobora la historia, Menéndez i Pelayo agrega «El que admite que la herejía es crimen gravísimo i pecado que clama al cielo, i que compromete la existencia de la sociedad civil; el que rechaza el principio de tolerancia dogmática, es decir, de la indiferencia entre la verdad i el error tiene que aceptar forzosamente la punición espiritual i temporal de los herejes, tiene que aceptar la Inquisición». (1) I esto lo acepta el escritor para el Estado como necesidad nacional; luego la religión sustentada por sus leyes comparte su error en grado secundario. De este modo el panejirista de «La Ciencia Española» la justifica pues, no ya apoyado en el credo de católico sino que más bien en su profundo nacionalismo i en la observancia rigurosa de las leyes.

Está en el carácter español—podría aducir Menéndez i Pelayo—nuestro horror a lo exó-

(1) «Historia de los Heterodoxos», vol. I.

tico, la aversion latina contra el antitradicionalismo que ha sido la base de la disolucion espiritual i temporal en las naciones. «Desengañémonos:—escribe en la «Historia de los Heterodojos Españoles»—si muchos no comprenden el fundamento jurídico de la Inquisicion, no es porque él deje de ver bien claro i llano sino por el olvido i menosprecio en que tenemos todas las obras del espíritu, i el ruin i bajo modo de considerar al hombre i a la sociedad que entre nosotros prevalece» (1). Este aguijonazo velado contra todo racionalismo le hará condenar mas tarde con ira violentísima a Sanz del Rio, a pesar de las palabras con que daba comienzo a su «Historia de los Heterodojos Españoles», cuando invocaba el nombre de Dios para *narrar sine ira et studio*.

No hemos de ser nosotros indo-españoles quienes vayamos a creer con ciertos vulgarizadores franceses, (Saint-Simon, por ejemplo, que escribia: «La Inquisicion abomina toda luz, toda ciencia, todo valimiento espiritual») que la Inquisicion fué la causa de toda una

(2) «Historia de los Heterodojos», vol. I.

«decadencia que orijinó una serie de motivos históricos, psicológicos i morales. Así tambien Menéndez i Pelayo refutaba las acusaciones que con el alcance de ir disparadas contra el Santo Oficio invadian el campo vecino del catolicismo; porque este erudito que a los veinte años era ya asombro de sabiduría se consideraba un soldado humilde de los ejércitos del Señor, defensor de su fe i de la integridad moral del catolicismo.

En las polémicas escritas antes de la «Historia de los Heterodojos Españoles», habia hecho ya su profesion de fe de cristiano que es uno de los mejores documentos de su vida: «Soi católico—decia—no nuevo ni viejo, sino *católico* a macha martillo, como mis padres i abuelos, i como toda la España histórica fértil en santos, héroes i sabios bastante mas que la moderna... i comprendo i aplaudo,—agregaba luego— i hasta bendigo la Inquisición, como fórmula del pensamiento de unidad que rije i gobierna la vida nacional del pueblo español, i no opresores de el sino en contados individuos i ocasiones rarísimas» (1). Tal vez los

(1) «La Ciencia Española», vol. I.

veinte años precoces del crítico i del historiador justificaban su dogmatismo que no concedió cuartel a sus adversarios, llamáranse estos Azcárate o de la Revilla. Fué un apasionado terrible, digno de figurar en una cruzada junto a Godofredo de Bouillon o al predicador Pedro el Ermitaño.

Sus ideas de católico formaban un todo indisoluble, único e impenetrable, hácia el cual converjían su nacionalismo, su ideal latino i la lucidez de su intelijencia. Hasta hace poco mas de dos años no mas ese viejecillo enteco i arrugado como un pergamino se erguía para decir con noble jesto en el XXII Congreso Internacional Eucarístico: «La divinidad habitó entre nosotros, i fué Dios i hombre juntamente i enalteció i transfiguró la naturaleza humana al unirse con ella. Un nuevo tipo de belleza espiritual amaneció para el mundo que cae del lado acá de la cruz». Nada mas admirable que un hombre que hasta el último instante mantiene sus convicciones, aunque por su causa se le tilde de fanático, de intransijente i de retrógrado; ¡con tal de que sea sincero!... No es este, ciertamente, el mejor camino para llegar a la ver

dad; pero, como la verdad de los hombres segun lo dijo el poeta, cambia de formas i de aspectos como el Proteo de la leyenda, ella está siempre mas cerca del que la persigue con mayor teson aun cuando mas no sea en la quimera del ideal.



IV

Los aspectos mas interesantes en la vasta obra de Menéndez i Pelayo, no son por cierto ni el de apolojista de la España tradicional, ni el de defensor de la Inquisicion, sino que los de esteta i crítico literario. Miéntras en aquellos el escritor dogmático se deja arrastrar por convicciones cerradas hasta la intransijencia, en estos últimos aparece el cultivador sereno de la investigacion histórico-crítica de la literatura i de la filosofía de lo bello. Aludia ántes ya, someramente, a sus ideas estéticas, derivadas directamente de su profunda i amplia cultura clásica.

Como gran admirador de Horacio, sus cá-

nones se reducen a exigir del artista sencillez, correccion, claridad, sentido de órden i de medida; la virtud, en fin, del ritmo i de la armonía eterna, la *sophrosine* de los poetas i de los filósofos griegos. En el lírico venusino encontró Menéndez i Pelayo todas estas altísimas cualidades observadas con mesura admirable i con jenialidad de gran poeta; i, a veces, en tal amor de crítico por el porta-lira latino, se advierte cierto parnasianismo elegante, tan distinguido cuanto velado: deleite ante esa forma flexible, dulcemente pagana hasta en sus menores inflexiones i balbuceos armoniosos. Este culto por el mas grande de los poetas latinos, de quien habia de encontrar un sucesor en Frai Luis de Leon. («Para mí—dice—la primera forma lírica es la horaciana; nuestro gran modelo debe ser Frai Luis de Leon») le indujo a imitarle, traducirle i rastrear en España, Portugal i la América hispana, sus huellas en una bibliografía minuciosa, de un alto interés crítico-estético para la historia de la poesía española. Así, los dos volúmenes de «Horacio en España», obra erudita i pacienzuda, debe considerarse entre las mejores pájinas de investigacion escritas por Menéndez i Pelayo, no por-

que en ellas aportase grandes luces en materia de crítica-histórica, sino porque logró estudiar con perfecto método i sucesion cronológica la herencia del poeta latino en la Península.

Hurgando mas allá de Herrera i de los primitivos imitadores del lírico venusino que hasta en nuestra América española de hace un siglo formaban lejon, estudió en Frai Luis al poeta que tan de cerca seguia a Horacio i que en fuerza de imitarle i comprenderle estuvo a punto de superarle. Porque en el divino autor de «Los nombres de Cristo» admiraba el crítico esa esencia purísima que va mas allá del modelo i hace propia su lírica nacida al calor de lo que se ha revivido en el espíritu. ¿Tuvo acaso jamas Horacio ese espiritualismo alado que se desprende de una alma enferma por el amor de Dios? ¿Su amargura pagana fué alguna vez tan íntima i soñadora? Frai Luis de Leon, como el jenio de Góngora, se vale por si solo; representa lo mas alto i lo mas puro de la poesía lírica del siglo de oro. Sus odas elejías son modelo de musicalidad i de colorido vibrante, de santa uncion artística i de misticismo incomparable:

I dejas Pastor Santo,
Tu grei en este valle hondo, oscuro,
Con soledad i llanto,
I tu, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?

Si se la compara con la lírica amanerada i empalagosa de su tiempo, la de los Herrera o de los Caro, i si se piensa en que sólo por aquellos benditos siglos era dado hacer las cosas como Homero, Virjilio o el Dante, ya se comprenderá el gran salto que representan estas elejías serenas, espirituales e intensas del dulce místico leonino. Frai Luis de Leon encarna cierto aspecto del espíritu clásico, por cuanto no se alejó nunca de las que él creía fuentes perfectas de la poesía; sin embargo, sus versos marcan una etapa de ascension sobre lo antiguo, una tendencia, demasiado sutil para ser clara, de aportar algo mas que el simple goce retórico i el simple juego de ajedrez del arabesco ideolójico; su verso es claro, trasparente i tibio como sus prosas cristianas. Así se comprende que Frai Luis de Leon —dice Menéndez i Pelayo— con ser poeta tan sabio i culto, tan enamorado de la antigüedad i tan lleno de erudicion i doctrina, sea en la

expresion lo mas sencillo, candoroso e injenuo que darse puede, i esto no por estudio ni por artificio, sino porque juntamente con la idea brotaba de su alma la forma pura, perfecta i sencilla, la que no entienden ni saborean los que educaron sus oidos en el estruendo i tropel de las odas quintanescas. Es una mansa dulzura, que penetra i embarga el alma sin excitar los nervios, i la templea i serena, i le abre con una sola palabra los horizontes de lo infinito.» (1).

Aquí el alma navega
Por un mar de dulzura, i finalmente
En él así se anega,
Que ningun accidente
Estraño o peregrino oye ni siente.

I luego advierte Menéndez i Pelayo que este maravilloso sentido de la perfeccion es la tan buscada *sophrosine* de los griegos, esa tranquilidad espiritual sutilísima que la dan la armonía del conjunto i el encanto especial de todas las virtudes líricas; esa voluptuosidad de lo extraterreno que nos llena el espíritu como una luz mui dulce i mui lejana, toda ensueños

(1) «Estudios de Crítica literaria», vol. I.

i desfallecimientos místicos. Frai Luis de Leon creia sentir én ella, como la divina Teresa de Jesus, la vision de Dios de que hablaba ese otro iluminado San Juan de la Cruz: «Ciertos visos entre oscuros de su divina hermosura, que hacen codiciar i desfallecer el alma con el deseo de lo restante». Gracia, virtud espiritual que pasa, enredándose en las almas, como el alado espíritu del dulce místico:

Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
I yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

I no es que en este sentido sea Menéndez i Pelayo un místico como pudieran hacerlo creer la «Historia de los Heterodojos Españoles» o «La Ciencia Española»; por el contrario, como en el caso de Brunètiere i de Villemain, sus inclinaciones le llevan a la actividad sin medida, al campo de las grandes controversias. Ha heredado mas la disciplina de un San Ignacio de Loyola que no las arrobaciones celestiales de una Teresa la Santa. Su aparente espiritualismo perdido en divinas divagaciones,

es un puro aspecto exterior del poeta, del artista que deja florecer el ensueño como una levadura de amor.

En «Horacio en España» Menéndez i Pelayo emprendió una obra de vastas proporciones, de polígrafo i de crítico, ajena a todo *dilettantismo* literario. Sus méritos principales consisten en la documentacion superabundante i en que es uno de los pocos libros que allegan noticias preciosas a la literatura española para una historia del Humanismo a fines de la Edad Media, rama esta de la Poligrafía tan olvidada en la Península como en Francia.

De la cultura española primitiva podria decirse lo mismo que Brunètiere escribia de la francesa: España no tiene aún una serie de Diccionarios ni estudios especiales sobre la filología anteclásica, sus lingüistas, sus gramáticos que los hubo en abundancia («El primero de todos, i el mas indispensable, aquel sin el cual no se podria escribir el primer capítulo de una Historia de la Crítica, es una Historia del Humanismo—dice Brunètiere.—La crítica comenzó por ser filológica, en Italia como en Francia, gramatical o puramente erudita; i nosotros, sobre

nuestros gramáticos o sobre nuestros filólogos, sobre un Bude o sobre un Turnebe, sobre los Scaliger o sobre los Etienne, qué noticias tenemos?» (1). Tal vez sería congruente pensar con Valera que los alemanes acabarán por hacer tales trabajos como ya lo han intentado para Francia. I, en este sentido, «Horacio en España» es obra insustituible, ya que aporta una serie de documentos i obras poco ménos que olvidadas, en perfecto órden i sucesion cronológica, de los cuales se obtendrá todo su real provecho para las síntesis histórico-literarias del porvenir. Además de estos, sus méritos intrínsecos i de ser libro definitivo en lo que se relaciona con el estudio del poeta venusino, «Horacio en España» puede considerarse como el mejor anuncio de los grandes libros posteriores de Menéndez i Pelayo, así sea de ese monumento de esposicion razonada que se titula «Historia de las Ideas Estéticas en España» o de la «Antolojía de poetas líricos castellanos».

Es la primera, la obra capital de Menéndez i Pelayo, sobre todo si se atiende al estudio

(1) «L' Evolution des Genres dans L'histoire de la Litterature» Av. Prs.

que representa i a las proporciones que abarca en la literatura i la filosofía histórica universales, a partir con los sistemas de Platon, Aristóteles i los místicos de la Edad Media, hasta alcanzar a las escuelas alemanas, inglesas, españolas i francesas modernas, ya sea de los epigones del idealismo post-kantiano, ya de los Taine, Fouillé i Guyau o de los Feijoo, Quintana i Balmes. Los ocho volúmenes hasta hoy publicados parecen venir a desmentir la profesion de fe rezada por Menéndez i Pelayo en su mas temprana juventud, cuando acaso no soñaba aún escribir su magna obra: «¿Pero, que ha de enseñar cierta casta de estética sino a perder i estragar el gusto con ridículas pedanterías, i a discutir eternamente sobre cosas que no se conocen o se conocen mal?» (1).

A pesar de esto i de su rabioso anti-jermanismo hubo de convencerse mas tarde que la estética era como la llave del jardin de las Hespérides de la filosofía i del arte i que los alemanes con Hegel, Lessing i Kant bien valian una misa de investigacion completa. Desgraciadamente, la muerte del maestro ha cor-

(1) «Horacio en España», vol. I, Ultílogo.

tado la obra en mitad de su camino, ya que los últimos volúmenes sobre la estética actual acaso hubieran revelado no pocos de sus gustos i sus predicciones sobre la filosofía del porvenir que él entreveía con tanta inquietud amenazada por un materialismo científicista alarmante, i que en dichosa hora comienza a reproducir una corriente nueva del idealismo con las abstracciones metafísicas de Bergson, el hegelianismo retrospectivo de Eucken, el concepto del *Einfühlung* de Volkelt que responde como una corriente paralela a todo el ergotismo de la literatura contemporánea, i, por fin, con todas las creaciones jeniales de un Wundt i de un Croce.

Pero veamos cuales son las conclusiones a que arriba Menéndez i Pelayo despues de su larga escursion idelójica a traves de todas las corrientes estéticas antiguas i modernas. «Detras de cada hecho—dice—o, mas bien, en el fondo del hecho mismo, hai una idea estética, i a veces una teoría o una doctrina completa, de la cual el artista se da cuenta o no, pero que impera i rije su concepcion

de un modo eficaz i realísimo» (1). I es ahí hacia donde tienden las investigaciones de los preceptistas: desentrañar el sentido trascendental de las obras a traves de sus ideas estéticas (en este caso, ya que pueden ser morales también).

En los hechos mismos hai ideas estéticas que vienen a constituir un sistema, cuando esas ideas forman un conjunto de vision i de derivaciones artísticas capaces de sucederse segun una unidad ideológica; de lo cual pro- vendria que una serie de hechos razonados se deducia ¿un sistema? ¿una doctrina?; i que cualquier poeta de segundo órden podria ser un esteta o un filósofo si se juzga en su verdadera transcendencia a esta. I si se extrema un poco mas la nota llegaremos a la Escuela i a una serie de círculos viciosos cada vez mas antojadizos... «No admitimos, pues, que se dé arte alguno, sin cierto jénero de teoría estética, explícita o implícita, manifiesta o latente» (2); advierte Menéndez i Pelayo reconci-

(1) «Historia de las ideas estéticas en España» vol. I.

(2) «Historia de las ideas estéticas en España», vol. I.

liándose ahora con esa *cierta clase de estética* de que hablaba años antes.

Pero, dejando aparte de controversias, esto o aquel concepto puramente metafísico, el crítico después de no haber retrocedido ante las lecturas más áridas, i de haber historiado todas las corrientes, escribe: «A nadie asombre que aparezcan aquí (se refiere al primer tomo que comienza con el análisis de la doctrina de Platon) tan antiguos los orígenes de una ciencia tenida en la comun opinion por modernísima, como que su nombre actual sólo se remonta a la mitad del siglo XVIII, en que aparecieron los trabajos de Baumgarten. Sólo el nombre de estética es moderno: la ciencia ha existido (aunque a la verdad en estado rudimentario) desde que hai arte en el mundo. I añadiré una observacion que parece paradójica, i no lo es; a saber: que la Estética es al mismo tiempo una de las ciencias más antiguas, i una de las ciencias más modernas i atrasadas todavía» (1). I, en seguida, agrega que sólo reconoce entre las obras de jenio, dignas

(1) «Historia de las ideas estéticas en España», vol. I.

de considerarse como fundamentales en la estética, la de Hegel que, por su parte, abunda en vacíos i errores innúmeros. La estética de Taine, ya entre los mas modernos, tiene para él «un grado de precision científica que vanamente buscáramos—dice—en ninguna otra estética francesa, aunque todavía diste mucho de los pacientes análisis i de las profundas síntesis alemanas» (1).

Sus conclusiones no pueden ser pues mas lapidarias; se podrian reducir a tres puntos capitales: 1.º, estamos en el año uno en los estudios sobre estética; 2.º, Hegel es el único que ha vislumbrado a fondo algo en la materia; i 3.º hasta el presente nadie ha comprendido su verdadera trascendencia. Ahora, respecto a sus gustos, Menéndez i Pelayo, con prudente discrecion, a regular distancia de sus comentarios; piensa con los otros i se calla luego i raras veces su impresion personal viene a completar o a acotar lo espuesto, tan sólo en sus estudios aislados suele emitir opiniones que, como la siguiente, son verdaderas apuntaciones para una

(1) «Historia de las ideas estéticas en España», vol. I.

auto-gnosis espiritual: «A ellos—dice al hablar de la crítica francesa i especialmente de San Beuve—debo buena parte de mi educacion literaria, i me complazco en reconocer aquí la deuda que con él tenemos todos los que poco o mucho hemos trabajado sobre literatura francesa (1).

A traves de todas sus sistematizaciones i de sus análisis mas prolijos, fácil es deducir de sus gustos la aspiracion hácia una estética idealista i metafísica (ya declaraba ántes que la metafísica era su debilidad) que tenga mucho de los sistemas aristotélicos, mucho de la metafísica de los padres de la Iglesia i no poco de la precision científica moderna; un concepto estético platónico comprendido por un Hegel contemporáneo con algo de Santo Tomas.

(1) «Historia de la Literatura Española», por F. Maurice Kelly.

V

Por encargo de la Real Academia i como homenaje de la ilustre corporacion de la lengua a la América Española en la fecha del cuarto centenario de su descubrimiento, compuso i recopiló Menéndez i Pelayo en 1892, la vasta «Antolojía de Poetas Hispano Americanos», en la cual vació la flor i nata de sus conocimientos bibliográfico-críticos.

Como obra de consulta para los futuros historiadores de la poesía americana en la pasada centuria, este libro es un seguro guía, indispensable i precioso. Abunda en excelentes noticias biográficas i en estudios concisos i duros como torsos de granito. Si Menéndez i Pelayo

siguió un plan jeneral de enumeracion al evocar rápidamente la lírica americana, fuerza es reconocer que en no pocos casos hace gala de fresca erudicion i de certero juicio crítico al tratar de escritores como Ercilla, Bello o Heredia. I es que en ellos adivina el crítico una prolongacion viva de la cultura i del alma española, una vivificacion i un símbolo de la raza que, ya sea en las costas del Cantábrico o en las tierras antillanas; revive i se fortifica siglo tras siglo, como un Proteo glorioso que alumbraba el derrotero de la civilizacion latina.

América, sobre todo la América de la conquista, brava, huraña i fuerte, encarna la férrea unidad peninsular, aún no disuelta por los saltos prodijiosos del progreso. En la primera parte del siglo XIX se prepara en sus naciones la primera amenaza que anuncia la disolucion de la preponderancia espiritual de España. A traves de la cultura indo-latina, Ercilla, Bello i Heredia, forman una trinidad sólida, son un símbolo vivo de la tradicion artística peninsular: el primero representa el heroismo caballeresco, el segundo la reflexion metódica del humanista i el tercero el ardor meridional del imaginativo.

Menéndez i Pelayo, conservador i nacionalista intransigente, buscaba en sus obras la prolongacion firme del clasicismo i del espíritu tradicional. Así, en Ercilla, mas español que americano, estudia la poesía heroica de la conquista que ora fué espada, ora pasion pura i ora arrullo tierno. Ercilla encarna el alma esforzada de los conquistadores frente al indio levantisco; es la civilizacion armada que ha trocado los blancos airones de Apolo por la audacia marciana. Ante las lejiones con que Arauco defiende sus dominios, Ercilla cree ver renovarse las heroicidades de los griegos: para él los castellanos se transforman en centauros, miéntras los aboríjenes ponen espantò en aquellos corazones rudos que jamas temblaron ante los pueblos de la América salvaje. Menéndez i Pelayo evoca en una pájina majistral aquella lucha heroica en medio de la cual se encontro Ercilla, peleando de dia i escribiendo de noche bajo la tienda los versos de su «Araucana». «Aquella estrecha faja de litoral,—escribe Menéndez i Pelayo al hablar de Chile—árido i pedregoso, que no podia excitar ni la codicia ni la imaginacion de los aventureros, costó mas para su conquista i conservacion que tòdo el resto del continente

americano, i aún hubo parte de ella que nunca fué enteramente domeñada. Una tribu de bárbaros heroicos gastó allí los aceros i la paciencia de los conquistadores, i manteniendo el país en estado de perpetua guerra, determinó la peculiar fisonomía austera i viril de aquella colonia, a la vez que ofrecia un tema casi inagotable a los primeros ensayos de sus ingenios. Toda la primitiva literatura de Chile, así en los poetas como en los historiadores, no existe mas que por la guerra de Arauco, i no habla mas que de los araucanos» (1). En tal medio el alma heroica del poeta vibró ardientemente; creó ficciones inmortales arrancadas a la realidad; compuso la epopeya de Arauco indómito, en estrofas frias i fatigosas, pero vaciadas en moldes de acero.

Menéndez i Pelayo juzga a Ercilla con honrada tranquilidad de crítico, como queriendo reaccionar contra quienes exaltaron en él una jenialidad inmoderada. «La naturaleza—dice al analizar «La Araucana»—está descrita alguna vez, sentida casi nunca, salvo en el idilio de la

(1) «Antolojía de Poetas Hispano Americanos», tomo IV.

tierra austral i del archipiélago de Chiloé. Las indicaciones topográficas de Ercilla son de una precision i de un rigor matemáticos, al decir de los historiadores i jeógrafos chilenos; pero no son gráficos, ni representan nada a la imaginacion» (1). I despues de analizar tales defectos, con segura agudeza, sintetiza su crítica poniendo de relieve las tres grandes bondades capitales del poema, a saber: la creacion de caracteres, la descripcion de las batallas i encuentros personales i las comparaciones felices i espresivas tomadas del reino animal.

Si en Ercilla ha estudiado Menéndez i Pelayo al poeta épico, grandilocuente i oratorio, en Bello admirará al estudioso reflexivo, al poeta tranquilo i docto, que ántes que un inspirado es un lírico sabio. Sin lugar a dudas, el estudio que le dedica al gran venezolano compone la página culminante de la Antolojía. «En su espíritu recto,—escribe—i bien equilibrado, se juntaban dichosamente la audacia especulativa, que abre nuevos rumbos, i el sentido de la realidad, que convierte i traduce la especu-

(1) «Antolojía de Poetas Hispano Americanos», tomo IV.

lacion en obra útil. De los resultados de su varia i rica cultura personal, adaptó a la cultura chilena los que en su tiempo eran adaptables; i por eso, mas que en la filosofía pura, insistió en sus aplicaciones; mas que en el Derecho Natural, en el Derecho Positivo; mas que en la filología propiamente dicha i en la alta crítica, en la gramática. Los tiempos lo pedian así, i él se acomodó sabiamente a los tiempos, comenzando el edificio por los cimientos i no por la cúpula» (1). Sin embargo, a pesar de su altísimo saber, i de sus claras luces en materia de crítica literaria, Menéndez Pelayo considera a Bello como un poeta de corto vuelo i amanerado». La poesía de Bello—dice—es reflexiva, i no sólo artística, sino en alto grado artificiosa, pero con docto, profundo i laudable artificio, que en un espíritu cultivado venian a ser segunda naturaleza» (2). Tal juicio es exacto i definitivo.

Heredia, por la inversa, es el antípoda de Bello como poeta. Sus versos son melancóli-

(1) «Antolojía de Poetas Hispano Americanos», tomo II.

(2) «Antolojía de Poetas Hispano Americanos», tomo II.

cos, ardientes, inspirados, frescos i vibrantes de emocion. Describe con frescura i claridad, pues mas que un emotivo es un lírico imajinativo i pictórico. «Heredia es ante todo—escribe Menéndez i Pelayo—poeta de sentimiento melancólico i de exaltacion imajinativa, combinando con un modo propio i peculiar suyo de ver i sentir la naturaleza. En este punto no tiene rival en América; pero, como cantos de la independencia americana va despues de otros muchos, i cuando se lee por ejemplo su oda a Bolívar, despues de haber leído la de Olmedo, no puede haber duda sobre el diverso temperamento de ámbos poetas, el uno, para la oda heroica, i el otro para la elejía» (1). Heredia no fué un poeta cívico, ni un lírico tonante: se le reconocerá en nuestro parnaso porque supo juntar a un temperamento de sensitivo una imajinacion triste de sátiro enfermo. Sin ser propiamente un romántico, fué un torturado de la enfermedad de Rolla: sus versos suelen ser demasiado claros i demasiado correctos para ser románticos. «Su puesto

(1) «Antolojía de Poetas Hispano-Americanos», tomo II.

está—dice Menéndez i Pelayo—en esta escuela que fué como un vago preludio, aurora tenue del romanticismo» (1).

En la Antolojía desfilan los poetas de nuestro continente juzgados los unos con severidad, con entusiasmo los mas i con respeto los mediocres. Bien se le alcanzaba a Menéndez i Pelayo que fruto de una larga cultura es el arte i en países como los indo-españoles, donde apénas si en la última mitad de la décima nona centuria se ha asentado el orden sobre bases duraderas, es poco ménos que imposible suponer un florecimiento de poetas de primera magnitud. Dia llegará acaso en que la mas alta cultura española florezca a orillas del Plata, del Orinoco o del Mapocho: el sabio Bello, junto a los Lastarria, a los Sarmientos i a los Hostos, afirman el anuncio de mui claros dias de esplendor para la cultura latina. Así tal vez lo soñaba el insigne santanderino cuando llevó al seno de la Academia Española la idea de tributar el homenaje de una magna Antolojía a la América hispana;

(1) «Antolojía de Poetas Hispano-Americanos»,
tomo II.

obra sabia, de reflexion i de estudio acabado. Muchas son las páginas majistrales que tal libro encierra; cada país aparece comprendido en sus características jenerales: Chile, árido, pedregoso, huraño como sus hijos; la Argentina, enorme i fecunda cual su pampa infinita; el Perú, señorial i heroico; Méjico, atormentado i convulso; Cuba, pintoresca, alegre, fácil i obsequiosa, tal Andalucía besada por el mar Caribe.

Sin haber visitado siquiera América, Menéndez i Pelayo la amaba i la comprendía, con el ardiente entusiasmo con que un abuelo puede querer a un nieto. Es que en cada terruño descubre semejanzas con la madre común, afinidades espirituales inconfundibles, relaciones de sangre i de corazón. Si es Méjico, se dijera que al estudiar el crítico la obra de la divina iluminada Sor Juana Ines de la Cruz, estuviera evocando el alma ardiente de Teresa la Santa: «... hai acentos en sus versos—escribe—que no pueden venir de imitacion literaria, sí del amor divino, único que finalmente bastó a llenar la inmensa capacidad de su alma; es algo tan nuevo, tan anormal i único,

que a no tener sus propias confesiones escritas con tal candor i sencillez, pareceria hipóbole desmedida de sus panejiristas (1). Si vuelve el crítico los ojos de su espíritu a Cuba, allí descubre la ardiente gracia andaluza, la fantasía de un suelo i de una naturaleza privilegiados, donde todo es sol, facundia, amor i vida loca.

En la Antolojía Menéndez i Pelayo no estudió a los poetas que aún vivian por aquel entonces en que la obra fué compuesta (1892). El lo declaró diciendo que una razon de decoro literario le obligaba a prescindir de los autores vivos. Sin embargo, al hablar de la nueva jeneracion de Méjico, en el primer volumen de la Antolojía, dice: «Las cosas van de prisa en América, que la alentada i briosa jeneracion literaria que vino a la escena despues de la caida del imperio, i que se habia formado principalmente con las obras de Víctor Hugo i demas corifeos del romanticismo frances, comienza ya a ser sustituida por un brillante grupo de poetas jóvenes, que traen ideales artísticos

(1) «Antolojía de Poetas Hispano-Americanos», tomo I.

mui diversos, i en los cuales, por lo poco que a mi ha llegado de sus obras, parece que predomina el gusto de los parnasianos franceses i de algunos modernos poetas italianos. ¡Ojalá que tal tendencia, favorable siempre a la pulcritud i al esmero en la técnica, no dejenerere, como en Francia ha dejenerado, en pueril *dilettantismo*, i que al seguirla los novísimos poetas americanos acierten a conciliarla con lo que de ellos exige la tradicion poética española, i con el respeto a las grandes i primitivas fuentes de toda poesía» (1).

No se ha cumplido este deseo de Menéndez i Pelayo, pero se ha cumplido sí en bien del arte, de nuestro arte americano, que cada día bate mas libremente las alas bajo las constelaciones i ante el azul inmenso.

(1) «Antología de Poetas Hispano Americanos», tomo I.

VI

La muerte de Menéndez i Pelayo ha venido a interrumpir la continuacion de la que acaso habia de ser obra definitiva sobre la evolucion de la poesía lírica española; me refiero a la «Antolojía de poetas líricos castellanos», de la cual solamente alcanzaron a aparecer trece volúmenes, o sea hasta la época que se inicia en la poesía con los precursores de los grandes poetas del siglo de oro de España. En ella ha reconstituido el pasado íntegro de la edad fabulosa de la lírica, sobre la cual, si es cierto que existen tratados interesantísimos como los de Wolf, Milá i Fontanals i Duran, i estudios parciales como los de Morel Fatio, Menéndez

Pidal i los de don Andres Bello, fuerza es reconocer tambien que una historia erudita, comentada época a época, en forma de antología i de esposicion crítica, no existia hasta el momento ninguna digna de considerarse como tal, razonada, científica i compuesta en perfecto órden cronológico desde los primeros balbucesos de la poesía hispánica. Así, pues, iniciada obra tan magna i tan necesaria, tanto para el arte como para la filología, esperemos que venga a completar el edificio alguna pluma tan sabia i honrada como la del poeta santanderino i que junte al mismo tiempo esa su erudicion asombrosa, recojida en el corto trascurso de una vida fecunda en estudios, al espíritu del historiador i del crítico.

No es cosa fácil seguir el vuelo de la investigacion de Menéndez i Pelayo a traves del laberinto curioso que es el desarrolló de la lírica peninsular: presiden en sus primeros vajidos tales circunstancias i tan variados accidentes, que seria poco ménos que imposible pretender dar siquiera fuese una idea aproximada de ella, sin mencionar rasgos representativos, fechas importantísimas i paralelismos obligados. Porque los orígenes de la poesía española se per

filan vagamente, como dice Menéndez i Pelayo, «En medio de las nieblas que envuelven la historia de la España ante romana» (1). La crítica histórica comienza a investigar con aciertos admirables esa primera época que ha guardado el secreto de la lactancia literaria de nuestros países hispano-romanos, i acaso en día no distante esa labor pacienzuda logre obtener la reconstitucion completa del campo i de las circunstancias en las cuales se amamantó el primer fruto lírico peninsular. ¿Quién nos asegura que un Menéndez Pidal no llegará a reconstruir totalmente sobre aquellas ruinas los cimientos de la primitiva cultura i por ende los de la poesía romántica heroica, precursora de los cantares de jesta i de los romances populares? Hai una época, la edad de plata, que llama el autor de la Antolojía, de la civilizacion romana que por razones psicológicas, tal vez desconocidas aun, deriva hácia el nacimiento de una cultura romano-española, hija del arraigo i desarrollo de la vida nacional en la Península, que fueron a sojuzgar los soldados latinos. Entónces aparece en España una literatura peculiar, con rasgos

(1) «Antolojía de poetas líricos castellanos», vol. I.

proprios i autóctonos, que llega a formar una época brillantísima de la literatura romana, crecida en la tierra bárbara que limitaba a Europa.

Fué esta jeneracion que alentó bajo el sol de otros climas la que primero habia de importar los gustos i la moda de la literatura latina i la que pronto habia de tenderle un puente de plata al poeta venusino. Flores de cristalización i de ensueño en esta época son Séneca el filósofo; Lucano, ese grande i nunca bien ponderado lírico, pagano i sensual, cuya alma latina se abre como una flor exótica en medio de un ambiente primitivo; i Marcial, en quien apuntan restos inolvidables de la cultura griega de la decadencia. Mas tarde esa época se bifurca i se ramifican estas corrientes, a su vez, para dar oríjen a la era visigótica de la España cristiana de la reconquista, (la de los muzárabes) i a la de la Francia Carolinjia.

Cada influencia i cada etapa de la evolucion va allegando nuevos elementos de perfeccionamiento, i ya sea la poesía árabe o ya la hebrea, todas contribuyen a la purificación ideal de los metros, aún cuando en estas últimas hai que convenir que aportaron tambien cierto espíritu romancesco i pagano que tendia hácia

un panteísmo contemplativo que si era contrario al carácter español, logró por lo mismo ductilizar esa rijidez de acero que ántes presidia en la poesía reflexivamente cristianizada. En este instante de la evolucion Menéndez y Pelayo consigna un hecho digno de atencion, cuando escribe que se cayó en lo exajerado hasta «atribuírselo todo a los árabes, incluso el oríjen de los romances populares i del espíritu caballeresco...» (1). No ya en boca de dómines sino que hasta en libros de estudio ha dado en circular esta vulgar paparrucha que hoi es muletilla obligada de ciertos espanizantes que viven en ayunas.

La poesía árabe tendió siempre hácia la erudicion i la filosofía, i, tan sólo en la última mitad del siglo XIX algunos investigadores felices han descubierto la existencia de cierta lírica popularizada por cantores ambulantes, que, en todo caso, vivió mui restringida. Ya un historiador de ese tiempo, pero un historiador poeta, el Arcipreste de Hita, recordaba al hablar de los árabes en cierta cantiga:

(1) «Antología de poetas líricos castellanos».— Vol. I.

Arábigo non quiere la vihuela de arco,
Sinfonía, guitarra non son de aqueste marco,
Cítola, odrecillo non aman *caguil hallaco*
Mas aman la taberna, e sotar con bellaco.

Mas tarde los árabes fueron perdiendo las cualidades peculiares de su lengua i de su raza i acabaron por fundirse con los españoles; no así en cambio los hebreo-españoles, quienes despues de realzar su época con un florecimiento estraordinario de la lírica i de la filosofía, abandonaron sus laúdes ántes que caer en la vorájine de la nacion que se formaba i de los trovadores que del Medio Dia de Francia comenzaron a influir directamente en todos sentidos sobre el pueblo i las clases elevadas.

La Edad Media trae a la poesía española un soplo de renovacion ideal, de ensueño i de pujanza lírica. Los romanos responden a las tendencias, a las ambiciones i a los delirios del alma popular: en ellos queda el sentimiento espresado en toda su naturalidad espontánea, i los hechos se subliman como si fuesen vaciados por manos de divinos artífices en moldes de oro. Es que entónces la poesía se vivifica al pasar a traves del alma humilde del

pueblo: su espíritu alienta en ella: la ha plasmado con su corazón i con sus creencias; ella exalta el valor i da bríos a los sentimientos; es un código de honor i de moral: caben en sus bellezas todas las excelencias del espíritu, como en una gota de agua caben todos los colores del prisma. «Es la poesía de la voluntad enérgica i libre—recuerda Menéndez i Pelayo—i ella recobra en valor lo que le falta de gracia» (1). Además, esta lírica traduce un aspecto histórico del pueblo: el humanitarismo i el perfecto sentido de la realidad.

Reaccionando contra las afirmaciones de cierta crítica extranjera que tendía a deformar la trascendencia humanitaria de los romances españoles, atribuyéndoles un carácter mitológico, bárbaro i hasta perverso, como interpretaba Dozy al hablar de los textos árabes (2). Menéndez i Pelayo vuelve sobre su valor histórico i científico hasta considerar algunos poemas como *El Cid*, por ejemplo, cual en-

(1) «Antología de poetas líricos castellanos», vol. XI.

(2) «Antología de poetas líricos castellanos», vol. III.

mienda de la historia misma: «Lo que hicieron (se refiere a las jestas), fué tomar nueva forma, surgiendo en el siglo XIV una épica secundaria, que influyó a su vez en las refundiciones de las crónicas» (1). El héroe burgales encarna el tipo de un fiel espejo de las virtudes de raza del pueblo español i simboliza el noble ideal caballeresco que no se transforma en guerrero i vengador de injurias sino que es un dechado de sentimientos morales i un precursor de don Quijote.

El símbolo es perfectamente humano ya que *El Cid* arranca, con toda su realidad, de las creencias no falseadas aún en el alma popular; de la vida, en suma, por lo cual se diferencia profundamente de otros héroes de leyendas, en las que lo inverosímil corre parejas con los caprichos imaginativos. «Preséntase la poesía heroica castellana,—dice Menéndez i Pelayo,—como toda epopeya moderna, en estado fragmentario o rapsódico, mui lejano de la imponente i clásica unidad que ostentan los grandes poemas de la India i de Grecia; de los cuales

(1) Discurso leído ante la Real Academia Española en la recepción de Menéndez Pidal.

se diferencia tambien, no ménos de los cantos del Norte escandinavo i jermánico, por su carácter puramente humano e histórico, sin mezcla alguna de mito o de teogonia (1). Fácil es deducir de esta diferencia profunda una razon mas, perfectamente lójica: miéntras la poesía española, la epopeya sobre todo, alcanzó un grado de popularidad enorme, en otras naciones la lírica nacional fué mas pasto de estudiantes i de aficionados doctos, permaneciendo entre los archivos de las bibliotecas en largo sueño durante toda la Edad Media; lo cual si algo le abonó en su conservacion no poco mal le trajo tambien, ya que el pueblo suele ser, en tales casos, poeta exelso i sublimador de cosas baladíes i de vetustos cronicones.

Hasta hace algunos años, i a pesar de algunos estudios existentes, las conjeturas de los filólogos andaban a pares con las investigaciones sobre la historia del romance. Menéndez i Pelayo ha venido a comprobar una sucesion de hechos que harán una gran luz en la documentacion jeneral i particular de la epopeya i

(1) «Antología de poetas líricos españoles», vol. III.

del romance menor españoles. Así sobre los centenares de fragmentos perdidos de los poemas de *El Cid* i de tantas de las llamadas canciones de jestas, ¿se hubieran podido anticipar hace quince años, algo mas que suposiciones sabias basadas en documentos truncos o en comentarios antojadizos? Sin embargo, gracias a una larga busca erudita, el autor del «Tratado de los Romances Viejos» (1) ha puesto en claro muchos puntos hasta hoi harto dudosos de la poesía popular primitiva.

De este modo Menéndez i Pelayo ha consignado su formal protesta contra los forjadores de leyendas que le atribuian méritos verdaderos a las fantasías de un vulgarizado *romancero español*, que comienza con los primeros tiempos de la reconquista... «dilatándose luego el jénero a traves de los tiempos, i cuya primera página debió escribirse inmediatamente después del alzamiento de don Pelayo en Covadonga» (2).

(1) «Antología de poetas líricos españoles», vols. XI i XII.

(2) «Antología de poetas líricos castellanos», vol. XI.

Las páginas mas interesantes del Tratado de los Romances Viejos son aquellas que consagra Menéndez i Pelayo a la poesía popular española, alma i vida del romance i de la epopeya. La lírica iba conservando los versos i, en ciertos casos la historia, mediante la tradicion oral que los trasmitia de provincia en provincia i hasta de lengua en lengua (como sucedió en el norte i entre los trovadores provenzales) con la sola posible fidelidad que la memoria abona en tales casos: «La juglaria —escribe don Marcelino— era el modo de mendicidad mas alegre i socorrido, i a ella se refugiaban lo mismo infelices lisiados que truhanes i chocarreros, estudiantes noctámbulos, clérigos vagabundos i tabernarios, gran número de mujeres, especialmente judías i moras, que solian juntar el ejercicio de la música i de la danza con otros ménos honestos; i en jeneral todos los desheredados de la naturaleza i de la fortuna que poseían alguna aptitud artística, i que gustaban de la vida al aire libre, o tenian que conformarse con ella por dura nece-

sidad» (1). Pero no sólo el pueblo recojia los versos al azar, de las recitaciones i de los escasos libros, sino que hasta los propios poetas los escribian para ellos como mas tarde los harian para las farándulas. El Arcipreste de Hita lo declara en una estrofa:

Cantares fis algunos de los que dicen los ciegos
E para *escolares* que andan nocherniegos
E para muchos otros por puestos andariegos
Cacurros o de *bulrras* non cabian en dies priegos.

Lo cual afirma cierta romántica excelencia propia de la profesion de juglar que fué de bien en mejor, hasta alcanzar halagos de los favoritos, proteccion de los señores i de palacio, «donde recibian sueldo i acostamiento» (2). Era esa una de las dichosas épocas poéticas que soñaba don Quijote mas tarde en su célebre discurso sobre las armas i las letras; época de la España romántica, pintoresca i hermosa

(1) «Antología de poetas líricos castellanos», vol. XI.

(2) «Antología de poetas líricos castellanos», vol. XI.

como ninguna otra nacion, poblada de troveros i de hermosas, i donde los poetas eran tenidos en alto valimiento, poderosos con su tesoro lírico i mas enamorados que nunca del Ideal, eterna panacea del espíritu i amor de los amores de los que van tras él en peregrinacion eterna de ensueño.

VII

Menester es recordar tambien junto a los estudios sobre la poesía horaciana i sus imitadores, i junto a las investigaciones eruditas sobre estética i romances viejos, el volúmen consagrado a Boscan (1); «Calderon i su teatro», serie de conferencias dadas en el Círculo de la Union Católica; la edicion monumental i definitiva de las *obras de Lope de Vega*, los «Orígenes de la Novela», de la cual mas de un tomo entero abarca la introduccion sobre el desarrollo evolutivo del jénero desde sus primeros

(1) «Antolojía de poetas líricos castellanos», vol. XIII.

tiempos hasta ántes de Cervantes; las nuevas ediciones de la «Historia de los Heterodojos Españoles» i de la «Antolojía de Poetas Hispano-Americanos», completamente refundidas; los cuatro libros «Estudios de Crítica literaria», frescos, intencionados i jugosos, tales las pájinas que dedica a Núñez de Arce, a Enrique Heine, a Quadrado, a la Poesía Mística, a Grillparzer, el grande cuanto desconocido dramaturgo austriaco, comentador de Lope de Vega; i un sinnúmero de artículos, folletos i otras obras de menor importancia, como ser prólogos, reseñas literarias i discursos.

Así pues los estudios de Menéndez i Pelayo sobre la ciencia, la filosofía i la literatura españolas, han sido vastos i profundos. Ha agotado cada materia mediante un sistema de investigación metódico i sabio como el que mas. I en este sentido sólo se le podría comparar con algunos especialistas alemanes que dotaron a las letras tudescas de sus mejores monumentos histórico-críticos. La labor realizada en los cincuenta i seis años de su vida abarca todos los aspectos del arte peninsular: desde los mas remotos orígenes, no sólo considerado al nacer en España, así sean las ideas estéticas entre

los místicos, la música primitiva, la novela, género tan antiguo como la imaginación humana» (1), la poesía lírica, la filosofía i el teatro, sino que visto desde sus primeros vaji- dos, ya en Grecia, ya en la Roma hispánica.

Se ha juzgado a Menéndez i Pelayo hasta el presente con cierta lijereza, sobre todo entre los escritores jóvenes de la actual jeneracion, tal vez porque le acusan de reaccionario o de fósil, como han dado en decir ciertos partidarios de esa cómoda lei del menor esfuerzo. Sin embargo, para condenar en globo su labor, precisa no sospechar siquiera sea el sentido trascendental de su obra. Si en sus primeros estudios fué un apasionado inconsecuente, nada tiene de raro: ¿quién no es fanático de sus convicciones a los veinte años, llámese libre pensador, protestante, católico o radical? Los arrebatos juveniles constituyen la medida de los verdaderos temperamentos. Pero, si se juzga literariamente la conciencia de la obra de este polígrafo me atreveria a decir que fué un innovador, i acaso el mas grande de los innovadores en materia de crítica histórica. ¿No se le

(1) «Orígenes de la Novela», vol. I.

deben a él los estudios definitivos sobre Boscan, ese gran olvidado, i sobre Calderon a quien una patriotería desmedida ha pretendido colocar en el pináculo del jenio, sobre Shakespeare i sobre Goethe?

Despues de una busca minuciosa a traves de la época i de las influencias del tiempo en que vivió el poeta catalan, i despues de rastrear hasta los cabos mas minuciosos sobre el verso endecasílabo, ¿no llegó a confirmar Menéndez i Pelayo hasta donde era aceptable la verdad de aquella valiosísima confesion del lírico, en la que afirmaba que habia querido ser el primero en haber juntado «la lengua castellana con el modo de escribir italiano?» (1) Además, contra los que llamaremos *boscanizantes* a marcha martillo, ¿no escribió él que «la mayor parte de sus versos no pueden interesar mas que al filólogo» (2), llegando a la conclusion de que a nadie aconseja ni por vía de pasatiempo su lectura? Pero, como esto no es

(1) «Antolojía de poetas líricos castellanos», vol. XIII.

(2) «Antolojía de poetas líricos castellanos», vol. XIII.

todo i tal juicio se resentiria de exajerado a no reconocerle sus muchos méritos, escribe, para colocarle en el justo plano de la historia literaria: «Su destino fué afortunado i rarísimo: llegó a tiempo; entró en contacto directo con Italia; comprendió mejor que otros la necesidad de una renovacion literaria; encontró un colaborador de jenio, i no sólo triunfó con él, sino que participa, en cierta medida, de su gloria» (1).

Si con la obra de Boscan era fácil hacer esto, ya que se trataba de un poeta poco menos que olvidado, con Calderon parecia mas difícil la tarea, puesto que los propios alemanes lo sublimaban hasta exaltarla por sobre Shakespeare i los españoles no hacian mas que confirmar el homenaje colocándole en un Olimpo a donde no llegan las críticas ni las envidias.

Grande fué, pues, la estrañeza de todos ante la audacia de este erudito precoz cuando se atrevió a bajar a tal dios de su gloria literaria, i congregando ante él a un auditorio dis-

(1) «Antología de poetas líricos castellanos», vol. XIII.

tinguido, le colocaba entre los humanos con sobrada razon. «En Calderon predomina la *manera*—decia—es convencional: nadie ha pagado tanto tributo a las preocupaciones de su época: nadie ha hecho hablar a sus personajes de un modo mas contrario a la naturaleza; nadie ha abusado mas de los recursos convenidos i tradicionales» (1). ¿No se necesitaba ser un audaz y un innovador para atreverse a espresar tales juicios, sobre todo despues de haberse confesado el paladin del tradicionalismo español? Mas, no sólo se concretó Menéndez i Pelayo a estudiar a Calderon con justiciero sentido crítico, sino que colocó frente á él a Lope de Vega, mas sencillo, espontáneo i claro que el poeta de «La Vida es sueño». «Lope lo recorrió todo:—dijo—Calderon no se atrevió a tanto; el círculo de Calderon es mucho mas estrecho» (2). I, ¿no aludió directamente a los enemigos de Shakespeare i a la obra del gran Will, cuando juzgaba a Calderon con toda la dureza de la verdad mas austera de sabio? «El teatro español, si hubiéra-

(1) «Calderon i su teatro», primera conferencia.

(2) «Calderon i su teatro», octava conferencia.

mos de atenernos sólo al de Calderon, tendríamos que definirle: un arte idealista, pero de un idealismo un poco convencional a las veces, i en otras ocasiones un arte realista que no llega a abarcar lo universal de la vida humana, sino la realidad histórica de un tiempo dado» (1). Ahora, despues de analizar el concepto y el alcance de su crítica, me pregunto; ¿puede tildársele de tal reaccionario a quien ha sido capaz de remontar la corriente i deshacer prejuicios por purísimo amor a la verdad i contra los sentimientos de una raza entera?

Como mui acertadamente escribia Boris de Tannenberg, Menéndez i Pelayo tuvo que realizar la obra del albañil i del arquitecto, buscando los materiales para sus libros i sacando de ellos las reconstrucciones definitivas que le habian de elevar el mas grande monumento histórico i crítico a las letras hispanas i a la cultura latina.

(1) «Calderon i su teatro», octava conferencia.

VIII

De la completa bibliografía publicada por don Adolfo Bonilla i San Martín (1) tomamos las siguientes notas, siguiendo su orden cronológico, para dar una idea siquiera sea aproximada de la enorme labor de Menéndez i Pelayo. Consignamos en este breve capítulo todas las obras mayores del crítico santanderino i sólo algunas de las mas importantes entre las menores, como ser folletos, discursos i prólogos.

(1) Editada por Victoriano Suárez.—Madrid, 1911, i reproducido en el número correspondiente a los meses de Julio i Agosto de la «Revista de Archivos, Bibliotecas i Museos». (Número dedicado a la memoria de don Marcelino Menéndez i Pelayo).

«*La novela entre los latinos*».—Santander, 1875.

«*Estudios críticos sobre escritores montañeses*».—Tom. I.—Santander, 1876.

«*La Ciencia Española*».—Tres volúmenes de la Biblioteca de Escritores Castellanos.—Tomo I, 1887; II, 1887; III, 1889.

«*Arnaldo de Vilanova, Médico catalan del siglo XIII*».—Madrid, 1879.

«*Historia de los Heterodojos Españoles*».—Tres volúmenes, Madrid, Tomo I, 1880; II 1880; III, 1881.—Segunda edicion refundida, Tomo I, Obras completas.—Madrid, 1911.

«*Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepcion pública del Dr. don Marcelino Menéndez i Pelayo*».—Madrid 1883.

CICERON: «*Obras Completas*». — Madrid 1883.—Los cinco primeros volúmenes están traducidos por Menéndez i Pelayo.

«*Historia de las Ideas Estéticas en España*».—Coleccion de escritores castellanos.—Tomo I, 1890; I (Vol. 2), 1891; III, 1896 (Segunda edicion; la primera constaba de dos tomos); III, (Vol. 2), 1886; III, (Vol. 3), 1886; V, 1903; VI, 1904. (Estos dos volúmenes son segunda edicion del tomo III, considerablemente aumentada); IV, 1901; IV (Vol. 2), 1888; IV (Vol. 3, 1889; V, 1891.—Los volúmenes de esta edicion no están continuados, pues fueron publicados irregularmente.

«*Odas, epístolas i tragedias*», Madrid, 1906.—Coleccion de Escritores Castellanos.

«*Estudios de Crítica Literaria*».—Coleccion de Escritores Castellanos.—Tomo I, 1884; II, 1895. (Segunda Serie); III, 1900 (Tercera Serie); IV, 1907 (Cuarta Serie); V, 1908 (Quinta Serie).

«*Calderon i su Teatro*», Madrid.—Coleccion de Escritores Castellanos. (Tercera edicion), 1884.

«*Horacio en España*».—Coleccion de Escritores Castellanos.—Madrid. Tomos I i II, 1885.

«*Obras completas de don Manuel Milá i Fontanals*.—Coleccionadas por el doctor don Marcelino Menéndez i Pelayo.—Barcelona.—Tomos I, 1888; II, 1889; III, 1890; IV, 1892; V, 1893; VI, 1895; VII, 1896; VIII, 1896.

«*Obras completas de don José M. de Pereda*».—Tomo I, 1889, Madrid. (Prólogo de Menéndez i Pelayo).

«*Antología de Poetas líricos castellanos desde la formación del idioma hasta nuestros días*», Madrid.—Biblioteca Clásica.—Tomos I, 1890; II, 1891; III, 1892; IV, 1893; V, 1894; VI, 1896; VII, 1898; VIII, 1899; IX, 1899; X, 1900; XI, 1903; XII, 1906; XIII, 1908.

«*Obras de Lope de Vega, publicadas por la Real Academia Española*», Madrid. Trece volúmenes.—Tomo II, i siguientes: *Observaciones preliminares*, de Menéndez i Pelayo.

«*Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias Morales i Políticas en la recepción pública del doctor don Marcelino Menéndez i Pelayo*», Madrid, 1891.

«*Ensayos de crítica filosófica*», Madrid.—Biblioteca de Escritores Castellanos, 1892.

«*Antología de Poetas Hispano Americanos*». Publicada por la Real Academia Española, Madrid.—Tomos I, 1893; II, 1893; III, 1894; IV, 1895.—Segunda edición de las «*Obras Completas*».—Tomo I, 1911.

«*Orígenes de la novela*», Madrid.—Tomos I, 1905; II, 1907; III, 1910.—Con estudios preliminares de Menéndez i Pelayo.

Ademas, es preciso agregar a estas obras sus innúmeros discursos, entre los cuales recordaremos de paso: *La música de la lengua castellana*, contestacion al discurso de don Francisco Asenjo Barbieri; *Francisco Vitoria i los Orígenes del Derecho de Gentes*, leído en la Real Academia de La Historia en la recepción de don Eduardo de Hinojosa; *Discurso acerca de Cervantes i el Quijote* leído en la Universidad Central en 1905; i el Discurso majistral leído en la Real Academia de la Historia en la recepción de don Adolfo Bonilla i San Martín, (1911). También tienen un alto interés litera-

rio i filológico los prólogos: a los «Diálogos literarios», de Coll i Vehí; a los «Poemas i Fantasías», de Heine, vertidos al español por Herrero; a «San Francisco de Asis», de la Condesa de Pardo Bazan; a las «Obras literarias», de don José de Marchena; a la novela «El filósofo Autodidacto de Abentofail»; i al libro «Hermosura de la Naturaleza i sentimiento estético de ella», de don Federico González Suárez, Obispo de Quito.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL



BIBLIOTECA HUENUL

DE CRÉDITO HIPOTECARIO



SANTIAGO

Clasificación

Obra N.º

Volumen N.º

Ubicación

21-28

